"El inglés de los güesos"

Del novelista Benito Lynch

por Roberto F. Giusti

Una novela, dígase lo que se quiera, es antes que nada, vida narrada, por consiguiente, acción. El argumento, pues, sin ser en ella lo que estéticamente la determina, no es cosa indiferente. Aparte de su verosimilitud, de su *humanidad*, tampoco debe desinteresarse el crítico de su novedad, por el necio temor de que se le atribuya el gusto de las harto llevadas y traídas porteras de antaño, cuando triunfaba el folletín, o de las modistillas de ogaño.

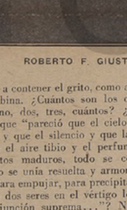
En esta actitud mental, reprochable sin duda para los exquisitos que ahora sólo juran por Proust, como si no hubiera más que un solo canon artístico, comencé a leer. *El inglés de los güesos*, interesándome desde la primera página, a la par de una mujer curiosa, por el desarrollo del argumento, siguiéndolo paso a paso con tal ansiedad que más de una vez sentí la tentación, a la que resistí heroicamente, de correr a enterarme del desenlace, saltando medio libro.

Al principio, en verdad me dije: ¡Bah! un sainete vulgar, Benito Lynch ha empleado su talento admirable de narrador, la perfección de sus procedimientos descriptivos, en referirnos, apenas renovada, la historia de la muchacha que coquetea con el forastero que se aloja en su hogar, y del enamorado que penando por celos apuñales al intruso. En efecto: *mister* James Gray, flemático antropólogo inglés, ni muy joven ni viejo, se hospeda por algunos meses a la buena de Dios, por orden del patrón de la estancia, en el rancho de don Juan, puestero de *La Estaca*, con el objeto de recoger y estudiar los huesos de un paradero indígena cercano. Don Juan y su mujer Casiana tienen dos hijos: Balbina, una hermosa criollita en sazón, y Bartolo, un chiculeo trabajador y travieso. De Balbina está enamorado, aunque con inútil empeño ante el desvío de la moza, el gauchito Santos Telmo. No falta ningún personaje del presunto drama.

Por cierto no me desconcertaba la circunstancia de que "la negra" — así la llaman a Balbina,— comenzara a hacer víctima al inglés de todas las bromas groseras y crueles con que la gente de nuestra campaña mortifica al forastero, si que luego, por motivos fútiles, se enconara contra él mismo hasta el odio. Tarde o temprano habría de interesarse, poco o mucho — yo suponía que poco — por su sabio huesped, espíritu tolerante y bondadoso, o acaso se valiera de él para excitar aun más los celos de Telmo; y la catástrofe se produciría. Así pensaba yo. Y la catástrofe en efecto se produce. Precisa entonces cuando Balbina comienza a sentirse inconscientemente seducida por la delicadeza y la bondad del inglés, que ignorante aún del sentimiento que ha despertado en aquella chiquilla semibárbara, cae gravemente herido bajo el puñal alevoso de su insospechado rival. Pero cuando esto sucede, el relato todavía no ha llegado, ni con mucho, a la mitad, y la curiosidad se pregunta: ¿Y ahora?

Mi suficiencia de lector experto se sonríe de nuevo. Ahora sucederá — me digo — lo que he leído muchas veces: el convaleciente se enamora de su enfermera, la enfermera, del convaleciente, o viceversa. Aun recuerdo lo cariño una historia parecida en lo esencial leída en mi infancia: *El doctor Antonio*, de Ruffini. Tal cual lo pensé, ocurre: bajo el leve excitante del manso y caballeresco afecto que el enfermo manifiesta a su enfermera, ésta, con su almita ingenua y salvaje, violenta en el odio y en el amor, se enamora espasionadamente del hombre del cual antes se burlara y después aborreció. ¿Y luego? Cuando el forastero se dé cuenta cabal de la pasión que ha despertado, cuando quiza el amor despierte en su propio corazón, aunque no tan tumultuoso y avasallador, ¿cómo reaccionarán el uno frente al otro, este hidalgo hombre de ciencia, capaz de refrenarse y dominarse por la razón, y esta bestezuela enamorada, pura instinto?

He ahí que el caso que creíamos trivial, se convierte en un conflicto de sentimientos y de destinos, complicado y nada común. Y desde el día en que el convaleciente, urgido de Inglaterra por el sabio maestro que le ha confiado esta ardua investigación antropológica, declara el propósito de apresurar sus pesquisas y regresar a su patria, despertando a Balbina de su candido sueño de amor, — nadie puede predecir cómo se desenredará el penoso conflicto. Las cuento y más páginas en que la acción se encamina al desenlace son aquellas que nos aferran con la mayor angustia. ¿Cómo reducirlas a la narración lineal, escueta, que antes he seguido? Si hasta ahora la intenté, desdibujando, desde luego, personajes y acción, verdaderos siempre en la novela por la abundancia y precisión de los factores psicológicos y externos que concurren a darles plenitud, en adelante no me será posible. ¿Cómo transmitiré al lector la congoja que me estrangulaba cuando leía el capítulo en que se cuenta la consulta hecha por Balbina, enferma de mal de amor, a



ROBERTO F. GIUSTI

nos a contener el grito, como a la pobre Balbina. ¿Cuántos son los decisivos? ¿Uno, dos, tres, cuántos? ¿Es aquel en que "pareció que el cielo y la tierra se ponían en el silencio y que la noche y que el aire tibio y el perfume de los pastos maduros, todo se conjuraba, todo se unía resuelta y armoniosamente para empujar, para precipitar a aquellos dos seres en el vertigo loco de la empresa criminal . . .?" No; la hidalguía y la razón del inglés triunfan sobre el instinto y el amor. Mecánicamente reacciona. "... Parecía una armadura de acero que hubiera sido un hombre . . .", comenta el novelista. ¿El minuto decisivo es el de la despedida? ¿o aquel otro en que el sulky se para a punto de arrancar, porque un negro y mistreioso bulto, un desconocido ¿quien?, avanza a media rienda en la noche?... Ninguno es. James parte y Balbina se ahorca con el lazo que trenza a su pedido, "para ella sola": el "hombre de su destino".

¿De cuántos modos podía concluir verosímilmente la novela? Mientras leía, conjeturé muchos; leída, no admiten la lógica y el sentimiento sino un desenlace, el que el autor ha narrado.

Solían los preceptistas establecer prolijamente cómo y cuándo un personaje podía aspirar a ser el héroe de una epopeya. Severas condenaciones recayeron sobre algunas famosas, cuyo protagonista no respondía a los gustos de zoilo.

La novela moderna tiene el paladar menos difícil. Todos tienen acceso a ella y todo en ella es posible, hasta lo imposible. Sin embargo, parecería que en una novela de amor, y de amor apasionado, del que sacude las fibras más hondas y lleva a la muerte, no es lícito al primer llegado ser el protagonista. Diríase que Lynch se ha complacido en burlar la dificultad. Quien ha de despertar el corazón de Balbina, dominar su fiereza salvaje, hacerla suya en la vida y en la muerte, es "el inglés de los güesos, hombre pintoresco y rifadísimo en mi pueblo desde nuestro punto de vista criollo,— que chapurrea graciosamente el castellano, trastrocando y deformando sonidos. El novelista no lo adula, no lo idealiza. Nunca lo retrata de cuerpo entero. Su procedimiento descriptivo es más dinámico. Solo viviendo con él a lo largo de la acción, vamos conociéndolo y amándolo. James Gray es un *gentleman*; es el inglés esclavo de su deber, resuelto y sufrido, siempre contento con su suerte; amable, pero frío; bondadoso y leal, pero egoista; algo excéntrico; físicamente anguloso y largo, quiza, bien mirado, buen mozo con sus correctas facciones, el cabello leonado, la leve sonrisa burlona de los labios finos y sus serenos ojos azules.

¡El inglés de los güesos! Linch ha afrontado la dificultad desde el título, ni poético ni de buen gusto; y ha vuelto a afrontarla en cada página, hasta conquistarnos, a mi juicio, al prodigar el apodo burlón. Debió de tener mucha fe en su maestría para atreverse a urdir un palpitante drama de amor en torno de este hombre excentrico, cuyo apodo ya le pone una tilde de ridículo, y otra su media lengua. . .

¿Y quién había de enamorarse de él? Balbina, su antípoda. Tampoco la adula la novelista. Salvo su perfecta hermosura de morocha en flor, ¿que virtud tiene Balbina? Es una bestezuela salvaje, caprichosa, arbitraria, grosera, desleingada. En su arisca inocencia, es el instinto aún en capullo; es la virgen naturaleza. Aborrece y ama con igual violencia apasionada e impulsiva. Si sospecha una rival, la mataría sin piedad como Santos Telmo intentó asesinar a James. Y así como primero se burló de él de un modo primitivo y infantil, y en seguida le odió, hasta desear su muerte, — cuando sus sentimientos cambian, por gratitud, por curiosidad, por secreta atracción del instinto, desde ese día le considera como su suya, para siempre, "al hombre de su destino". Cuando le busca a Balbina una hermana, pienso, saltando por encima de todas las diferencias de raza de ambiente, de sentimiento — en Sotileza.

La chucuela caprichosa y perversa se vuelve "amiga y tierna; y a tanto fuego cede la frialdad del hombre, aunque nunca la férrea rigidez del *gentleman*. Para él, al principio, este inocente idilio es un dulce juego con que entretiene las lentas horas de la convalecencia, en aquel mísero rincón del rancho donde vive; para Balbina no es un juego: es un sueño del que sólo despertará en el instante horrible de la partida. Del juego, aunque se haya consumado, aun nuestra vida, hiriendo un grande esfuerzo es posible desacostumbrarse; para Balbina, pagar de su ensueño a la realidad, es capitular de elementos de vida. . . Los dos temperamentos diversos. El uno naturaliza "la vida es trabajo, es sufrimiento". La otra, sensibilísima, no quiere padecer. Prefiere la muerte al sufrimiento. Digo, quiere, prefiere. . . Digamos, no puede padecer, no puede sino morir.

Cuando llegue la hora de la separación, la reacción será muy distinta. El amor de Balbina, llorando, arrastrándose, implora: Quédate. Si; James, si obedeciera a su corazón, se quedaría, porque ama y sobre todo porque quisiera evitar el gran dolor de la pobre muchacha; pero "su corazón de hombre práctico y serio estaba condenado de antemano a ser retorcido por su voluntad como un viejo estropajo". Y su voluntad le ordena cumplir su deber. Su destino de "hombre de marcha" de la humanidad, por nacimiento, por educación y por costumbre, es otro que el de quedarse a vegetar en un remoto país junto a una chiquilla apasionada; otro es el compromiso que ha contraido consigo mismo, otra su ambición, otro su deber, en fin. Es el capítulo XIX de esta novela, asistimos al diálogo en que alegan sus respectivos argumentos la razón y el instinto de este firme espíritu; por un lado, su anhelo de vivir plenamente la hora fugaz de amor, de belleza, de juventud, que la vida le brinda con su copa llena; por el otro, el deber de sacrificar esa hora a su propio perfeccionamiento individual, el cual le exige proseguir su marcha. ¿Por quién está el autor? Sin saberlo de cierto, juraríamos que está de parte del instinto — ¡criollo al fin!—; pero eso poco importa para el curso de la acción. No es ya el novelista quien mueve a James Gray. Su vida, su destino, son determinados por su personalidad. Pirandello diría: es lo que es, a despecho del autor, aunque el autor no quiera. También nosotros enternecidos por el reconcentrado y mudo dolor de Balbina, quisiéramos que, él, rompiendo con todo su pasado, diríase — Me quedo. ¿Qué nos importan sus huesos, sus trabajos científicos, su reputación, sus futuras cátedras? Todo eso es la cáscara de la vida, no su jugo: apariencia, no sustancia. Pero también sabemos que no puede ser. ¿Podemos concebirlo al "inglés de los güesos" resignado a vivir al lado de su "Babino" en el puesto de *La Estaca?* Aquí no es el caso de querer o de no querer; algo superior a su propia voluntad le obliga a obedecer a su destino.

No hay verdadera tragedia sino allí donde el hombre lucha con el Destino. Cuando el hombre lucha consigo mismo o con otros hombres, su causa puede despertar nuestra simpatía o nuestra compasión; pero sólo ante lo ineluctable, cuando le vemos resolverse inútilmente en la red del Sino, sentimos el verdadero soplo trágico. Este es el caso de James y Balbina en la novela de Lynch. Empujados por la fatalidad, siempre en la cumbrera del rancho, como "cortando una mortaja", en la desolación de aquella noche en que la médica asiste a Balbina; o que una estrella raye el firmamento cayendo allá por donde la vieja tiene su rancho, aquella otra noche en que doña María muere? ¿Se sonreirá por extraña filosofía de esos signos fatídicos que el novelista asocia con intuición poética a los tristes lances de su heroína?

En un solo rango, en una palabra única, sabe poner Lynch incalculable fuerza de sugestión. Cuando el sulky que se detiene a media rienda, extrañeza, se levegar un caballo al galope en la sombra creciente. Es éste el momento en que el lector, con el alma en un hilo, como Balbina, espera que el "milagro" se produzca. ¿Quién llega? ¿de ahí vendrá el milagro? Alguien pregunta: — ¿Santos Telmo? — Otro contesta: — ¡Salí de ahí!... Nada más. Pero la sugestión terrible ha sido ejercida sobre el ánimo del lector. Santos Telmo no es, no puede ser, porque está preso; pero ¿y si fuera? Si vinieran en su ayuda a realizar el hechizo por imprevisto modo? Es un lampo sangriento; es una sacudida de los nervios; es un efecto admirable logrado con una sola palabra.

¿Por qué el hechizo no da resultado? Sin embargo el lector confía en él supersticiosamente hasta el último instante. El autor no quiere ahondar el enigma, sino que desorienta nuestra curiosidad proponiendo al acaso varias explicaciones que surgen naturalmente de los hechos.

Su habilidad en urdir la intriga es algo más y mejor que la común picardía de los novelistas populares: es talento de artista.

Trabajando con una materia vulgar, con personajes vulgares, con sucesos ordinarios y valiéndose de un lenguaje vulgar, difícilmente incurre en el pecado de vulgaridad y mal gusto. Su arte depura y eleva la materia mezclada e inferior. En primer término, la honestidad de su arte.

Benito Lynch no entiende que la novela deba ser pura acción, en el sentido de pura intriga, ni tampoco puro análisis psicológico. Sus novelas son el reflejo de la vida, tal cual es, múltiple y varia; sus capítulos, cuadros de costumbres de una fidelidad que sorprende. No podría proponerse el nombre de ningún escritor uruguayo o argentino que haya pintado al hombre de campo con más verdad que Lynch en ésta y sus anteriores novelas. Cada uno de sus tipos vive, se manifiesta en el ademán, en la mueca, en la palabra, en sus mismos silencios. Florencio Sánchez, perfecto observador de tipos corrientes, no vió ni pintó mejor en sus dramas rurales. — *M'hijo el dotor, Barranca Abajo, La Gringa* a las mujeres y viejas de nuestra campaña de los que las ve Benito Lynch y de cómo éste las pinta en *El inglés de los güesos*. Y su notación del detalle es siempre oportuna y aun necesaria para caracterizar el tipo, el momento psicológico, la situación; no es la fácil observación de los gestos y ademanes, insignificantes aunque verdaderos, que tanto prodigan algunos escritores por eso llamados realistas. Lynch no pinta por pintar, sino porque cada trazo concurre a la formación del cuadro completo: el ambiente de la novela y las circunstancias que explican la acción y animación a la acción central. Cuando puede evitar la descripción de lo que se adivina por indicaciones indirectas, lo hace.

Un novelista como Lynch habría desperdiciado la ocasión de describir la escena en que Santos Telmo apuñalea por la espalda a James. Lynch la omite por innecesaria, y supongo, por artísticamente vulgar. Cuando su humorismo quiere mostrarnos la tan escazada inteligencia de Florencio Sánchez, censoras de los demás, en pear trance que la de Balbina, no necesita más de una página, que ninguna crudeza deslice, para insinuarnos que *la Tulguina* — la menor de las muchachas — es la amante del galleguito Isidro. Este "la miraba cinteo y cruel; alargando hacia ella, toda acobardada y temblorosa, su afilada barbilla de garduña". Un novelista común se habría dormido analizando la desesperación de Balbina después de la partida de James, si una vez no hubiese resistido a la tentación de describir la escena del suicidio. Lynch no. Cuatro páginas escasas le bastan para hacernos conocer ese suicidio, por un procedimiento indirecto tan delicado como impresionante.

He aquí, pues, una novela argentina — de cosas, de tipos argentinos — que responde a mi concepto de lo que ha de ser este arte, según lo expuse años atrás en un trabajo titulado *Por que nuestra literatura no es conocida en el extranjero*. La regional y castizo convertido en materia genérica y universal de trascendencia humana. Y también, y esto no lo dije entonces: los pies firmemente asentados en el suelo, la cabeza tocando las nubes. El realismo que hace de la cruda pintura de las cosas fin a sí misma, carece de valor. Cuando detrás de las cosas sintamos latir al menos un corazón con tal fuerza que nos parezca que estalle, con tal fuerza que el sea cifra y compendio de todos los corazones en circunstancia semejante, entonces, puede asegurarse que la obra está realizada. Hasta ahora, a las mejores novelas de Benito Lynch, narrador y descriptor admirable, les hallaba el grave defecto de que sus personajes, generalmente duros y crueles, si animados por fuertes pasiones, no eran transfigurados por ellas hasta convertirse en otros, más nobles. Con esta cinta nueva, Lynch ha conseguido realizar esa milagrosa alquimia psicológica. El mármol de James Gray, "el inglés de los güesos", se ha veteado con los tibios colores de la ternura y el amor; en el barro de que está hecha Balbina aparece modelada la viviente figura de la amante ejemplar y perfecta hasta el sacrificio.

Buenos Aires, 1914.

El disfraz patriótico de todas las Dictaduras

En España preparan los políticos del nuevo régimen la celebración del primer aniversario de "la revolución sin sangre" llevada a cabo en setiembre del año pasado por el energico General Primo de Rivera. Esta conmemoración tendrá un acentuado carácter "popular". Se hará un plebiscito de simpatía, apoyo y gratitud, al jefe militar de la revolución, cuyo título de restaurador de la vida nacional, la "opinión pública" ha reconocido de manera tan rotunda como espontánea.

La dictadura militar que hoy impera en España no falta al concepto, al histórico sistema de legitimación practicado por todos los regímenes autocráticos, por todos los gobiernos ilegítimos: la defensa de la patria, la "restauración nacional". La dictadura en el gobierno de un pueblo que ha vivido dentro de un régimen constitucional, es una consecuencia, un producto de la decadencia, no una reacción contra ésta. Cuando la vida política se corrompe y debilita, hay un ambiente propicio a la aparición de brotes autocráticos, porque relajadas las fuerzas políticas de moralidad y legalidad que serían en plena vitalidad, un obstaculo a las propensiones dictatoriales, el dictador cincuenta llano el camino y aparece en toda su fatua y brillante grandeza. Las estridulamias en que se verifica el advenimiento de la dictadura, dan al que viene a ejercerla una apariencia de salvador, de restaurador, de héroe nacional. Así se explica la onda de "popularidad" que estalla a los pies del caudillo. Es muy difícil escribir popularmente el primer aniversario de una dictadura.

¿Pero el segundo, el tercero y el cuarto? En la vida de los pueblos contemporáneos que han alcanzado cierto grado de civilización, la libertad no es solamente una noción especulativa, es un factor esencial. Un pueblo moderno no puede vivir normalmente sin ese principio dinámico que se ha incorporado no como una fuerza real a la civilización contemporánea. Cegar esa fuente que nutre el organismo y vigoriza la existencia social de los pueblos de hoy, equivale a producir una situación anormal, un "estado patológico", que, por fuerza, tratándose de una nación, ha de ser transitorio. El tipo actual, el tipo adquirido de gobierno en el mundo civilizado, es el de la democracia, más o menos pura, más o menos perfecta, en que se respetan, por lo menos, las formas democráticas en la actividad política. El autocratismo es un tipo superado, un tipo desechado. Su imperio no puede ser estable dentro del grado de cultura política que han alcanzado pueblos europeos y americanos. No es muy difícil celebrar popularmente el cuarto aniversario de una dictadura.

Pero hemos tomado el caso de España y de su dictador militar para hablar de la "necesidad patriótica", que es el tributo de legislación y la bandera popular de todas las dictaduras. Ya vivimos como, históricamente, el autocratismo aparece en circunstancias que lo presenta como el refugio y de palabra de la salvación nacional. Tal es la apariencia. ¿Pero cuál es la verdad?

Acaparados realmente por un solo hombre y por tres o cuatro, los poderes del Estado, el ejercicio de éstos dirige, de fatalmente, en favor de los intereses del grupo imperante. Así como el gobierno de una mayoría tiende a servir intereses más generales, más democráticos, el de una minoría se encamina a proteger, de preferencia, y casi siempre exclusivamente, intereses particulares. Es una ley de proporción, cuyo fundamento reside en la misma naturaleza humana, cuyo cumplimiento riguroso testimonio la historia y cuya verdad confirma el estudio de la evolución del Estado a la acción de un gobierno en el sentido de defender y estimular intereses, es decir, de procurar bienestar y engrandecimiento, sólo abarca aquella porción social de dónde ha emanado su poder. En esta escala, una autocracia verdadera constituye el gobierno menos nacional, menos patriótico, tomado este último vocablo, no en un sentido oratorio y romántico, sino en su significado justo de acción eficaz hacia el progreso integral de la patria. Una oligarquía, o sea el gobierno de una clase, hace un ejercicio más colectivo, pero no propiamente democrático, del poder. Una democracia pura haría el gobierno perfecto, comprensivo de la integridad de los intereses de la comunidad. Así el régimen será tanto más nacional, cuanto más democrático. Todo dictador, aunque en un principio tome el poder con fines de restauración nacional, se torna al poco tiempo en el verdadero enemigo de la patria.

"Progreso integral" hemos dicho. Y con esta expresión queremos significar el desarrollo armónico de todas las fuerzas, de todos los aspectos nacionales. Es ese progreso el que necesitan los pueblos, y el que las dictaduras no realizan jamás. El autocratismo suele fabricar, valiéndose de un abusivo ejercicio del poder, el espejismo de un progreso material, que no es sino la máscara de todas las miserias morales y políticas. Y que, en el fondo, existe una íntima e inseparable vinculación. Todo ello sin contar las mudanzas que el espíritu sufre con los años, la experiencia y el estudio. Los frutos de la madurez tienen el propio, la cual debe ser respetada como si se tratara de seres humanos dotados de extraordinaria sensibilidad. Pretender lo que se considera viejo, puede dar un resultado tan negativo como el de envejecer lo que nos parezca demasiado fresco y lozano.

A los pies del Soberano Pontífice

Justo editorial de "La Prensa"

El sábado 5 del corriente los grandes rotativos de esta ciudad publicaron la siguiente nota, que reproducimos de "La Nación": "*Acto de adhesión al Sumo Pontífice* — Por iniciativa de los Cursos de Cultura Católica se realizó ayer en la Nunciatura Apostólica un acto de adhesión al Sumo Pontífice, al que asistió numerosa concurrencia. En nombre de la entidad mencionada, el Dr. Atilio Dell'Oro Maini pronunció un discurso señalando el significado de esa visita, que constituía, dijo, el testimonio de su filial devoción al Soberano Pontífice.

"Más adelante expresó que se hallaban allí simplemente porque eran católicos, cuyo deber "es practicar sin hesitaciones la íntima unión con la Iglesia jerárquica, cuya cabeza es el Papa, vicario de Cristo.

"Terminó diciendo que hacía sus espíritus en estos instantes ninguna intranquilidad, y que tienen confianza en quienes por deberes ciudadanos buscan una solución de las dificultades que pueden haber surgido en las actuales circunstancias".

Agregaba el orador en el secretario de la Asociación Nacional del Trabajo y auxiliar del Dr. Joaquín S. de Anchorena.

Por su parte, "La Prensa", publicó el 7 de Octubre el siguiente editorial, que sometemos a la reflexión de nuestros lectores:

Manifestación fuera de lugar

Realizóse el sábado, según lo informamos ayer, un acto de filial devoción al Soberano Pontífice, al que tributaron su homenaje los jóvenes adherentes a los Cursos de Cultura Católica, a fin de que no resulte en el silencio de una inexplicable o culpable ingratitud, el agravio de que publicamente se lo ha hecho objeto".

El orador que así se expresaba para catedráticos y alumnos de los Cursos de Cultura precisas que explicaran en qué consistió la ofensa inferida al Papa no dónde y por labios de quien se produjo.

Pero a pesar de ello, esas alusiones, muy diluidas en un vocabulario reticente, puede conjeturarse que la visita a la nunciatura exteriorizaba una protesta por juicios que se emitieran en centros del gobierno argentino — en el Senado nacional, verbigracia, — sobre la conducta de la Santa Sede ante la candidatura que le presenta nuestro Poder Ejecutivo para proveer la vacante del arzobispado.

Debió ser esta, probablemente, la intención de la ceremonia, ya que, al agradecerla, el representante del Poder Romano formuló votos por el arreglo definitivo del conocido conflicto.

Como la reserva que se impusieron los manifestantes les aconsejó no ser explícitos respecto a la índole y a la forma de la agresión al Sacro Pontífice, comprendemos considerar los fundamentos de así actitud. En el supuesto de que los medios hubieran mortificado su conciencia de cristianos y fidelidad al jefe de la Iglesia, no querría detenerse el derecho de refutación y de excusa en actitudes conferencias, asambleas al aire libre, que se efirmaron en ejercicio de la amplia garantía de emitir opiniones que les da la ley fundamental del país asegura a todos sus habitantes.

Pero había un lugar que debe considerarse vedado para desagraviar al Papa por ofensas o molestias derridas del asunto del arzobispado: la residencia del excelentísimo nuncio. Cualquier pronunciamiento en tal sentido y en la sede de la legación, tenía que salvar los límites de la cortesía diplomática y comprometer el respeto que los mandatarios de la República han de inspirar siempre a los nuncios y representantes de Roma.

No era correcto, ni prudente, ni amistoso que el nuncio recibiera la perentorinción organizada por los Cursos de Cultura Católica — institución asesorada por los miembros de la Compañía de Jesús — para proclamar la suprema soberanía papal, colocarla por encima de los potestades temporales e insinuar gestos por el caso en que sobrevinieran contiendas, que no se definen pero que no pueden ser sino las que provoque el problema del arzobispado.

Las puertas de la nunciatura no debieron abrirse para que desde ella se lanzasen notas de incondicional obediencia al Papa, con motivo de la posición adoptada por el gobierno argentino en defensa de los fueros del patronato nacional y de las facultades constitucionales; y el excelentísimo representante de Roma tampoco consulto la circunspección que las circunstancias le exigían, cuando describió el alcance de aquel episodio formado por la voluntad de un centenar de manifestantes, mentando el conflicto en pie, siquiera fuese para dejar constancia de sus pacíficos anhelos

Jardines Solos

por Arturo Capdevila

Las melancolías de este libro se asemejan a la de los atardeceres. Todo es suave, y si algún color predomina, es el gris. En tales jardines son propicios la meditación y el ensueño. Me ahisman momentos cuyo centro se dilata a través del tiempo. Con efecto, supremo juez es el tiempo. La dicha a que pasó es más bella al evocarla. La nostalgia lo embellece todo y brinda inmenables motivos a la inspiración del poeta.

"Jardines Solos" despierta especial atención en el crítico por tratarse de la primera obra poética de Arturo Capdevila. Han pasado ya bastantes años desde que los tórculos cordobeses echaran a rodar estas páginas, de suerte que se justifica sobradamente el deseo de comparar al poeta de la iniciación con el de la madurez. Mas este deseo pronto se frustra no bien se abre el volumen y se lee la advertencia preliminar. Honradamente nos confiesa Capdevila que este libro ha sufrido notables modificaciones "Es el mismo, pero no es el mismo. Se le ahora depurado. Hubo que podar en estos jardines!... Y le seguida se propone demostrar — es la misma advertencia a quienes se dirige — que la publicidad de una obra no es independiente para que sea indefinidamente corregida.

Desde luego, es un derecho que legítimamente le asiste al escritor. Pero el tiempo que en la madurez se emplea para corregir las deficiencias juveniles, es otro más dedicado a otro linaje de esfuerzos, en nuevas y más perfectas producciones.

Libro que nace de la vida es el del autor, es de todos; representa un momento único e insustituible de la vida intelectual y vale como elemento de prueba. Cambiarlo, pretender borrar el rastro por donde se ha transitado. Por lo demás, implicaría una tarea ímproba si se adoptara como norma. Y ¿por qué no decirlo con ella? Se corre el riesgo de alterar, con la forma, el fondo de las obras, ya que entre ellas y el fondo existe una íntima e inseparable vinculación. Todo ello sin contar las mudanzas que el espíritu sufre con los años, la experiencia y el estudio. Los frutos de la madurez tienen el propio, la cual debe ser respetada como si se tratara de seres humanos dotados de extraordinaria sensibilidad. Pretender lo que se considera viejo, puede dar un resultado tan negativo como el de envejecer lo que nos parezca demasiado fresco y lozano.

LAVALLE

por Pedro Lacasa

La casa editora "La Cultura Argentina", que tan grandes servicios ha prestado a la historia intelectual del país, nos obsequia con un ejemplar de su nueva edición de la obra "Vida política y militar del general Juan Lavalle", publicado hace medio siglo por el coronel Pedro Lacasa, que fué ayudante del cuerpo, de aquel dijano defensor de las libertades públicas, contra la tiranía de Rosas. La nueva edición, que llevará una sensata necesidad de nuestros círculos de los estudios históricos, está precedida por una docta y extensa monografía del profesor Mariano de Vedia y Mitre, que se destaca indudablemente por su erudición y por su originalidad.

El autor toma a Lavalle desde su primera juventud del Brasil, en la revolución de 1822, en el destierro, en la Campaña Libertadora, en la coalición del Norte y hasta su trágica muerte. Sus páginas vividas de nuestras guerras civiles, en que el autor fué parte y testigo, lo que le permite narrarlas con acopio de los datos y autenticidad rosa consiguiente.

La figura del intrépido general Lavalle se destaca en el fondo sombrío de aquella época apasionada y anárquica, adquiriendo relieve no común frente a los acontecimientos trágicos de la Restauración. Si no quedó exento de errores, propios de su época, supo redimirse con el tributo de su vida en aras de la libertad.

El magnífico estudio preliminar de Ve-

"José Antonio Miralla"

por Eduardo Labougle

La personalidad de José Antonio Miralla, poeta argentino precursor de la independencia de Cuba, es sin duda poco conocida entre nosotros. Gutiérrez, Carranza y Rojas se han ocupado de él en su aspecto literario como político; pero hasta ahora la figura de Miralla no había sido objeto de un estudio amplio y profundo, como el que acaba de hacer el señor Eduardo Labougle, en su libro "José Antonio Miralla".

El señor Labougle ha estudiado desentrañadamente la vida y la obra del poeta conocido poeta argentino y patriota americano, con afro de Byron y amigo de Monteagudo. Nacido en Buenos Aires, el 13 de Julio de 1800, fué educado en el Colegio de San Carlos de Montevideo, y después, en el Colegio de San Ignacio de Buenos Aires, hasta su muerte en Puebla (4 de octubre de 1825), donde debía reunirse con José María de Heredia, parentesco junto la aguila de México en fuerte de la ciudad azteca.

Las biografías que de Miralla se han escrito en Colombia y en Cuba y las poesías compuestas en su honor por los poetas de aquellos países, no permitían a este reconstruir la vida y destacar la actuación del poeta, de quien el señor Labougle, sintetiza en su biografía el juicio de su personalidad literaria y política, dice: "Miralla fué un ser extraordinario, patriota americano, pecaté sus luces y consagró su vida a la causa de la libertad en el Perú, Cuba, Venezuela, Colombia y México.

"Si su obra quedó incompleta, si sus versos resultan hoy desalinados y sus traducciones libres, hay que reconocer, en cambio, que a pesar de todos sus defectos, Miralla fué en Colombia y dondequiera pasara en sus andanzas de peregrino de ideal y de la libertad una cumbre intelectual, orientadora de generaciones. Si no augura entre los próceres argentinos, si no presto servicios directos a la causa de la independencia del Virrey que la vera nacer, si no cultivó con su espada páginas gloriosas a la historia de la patria, no cooperó en la organización de un estado, sí ofrendó su pensamiento desde lejos, incalculables servicios, por su cultura, por su talento y por su ingenio que dieron fuerza aureola de cariño y de admiración hacia la Argentina en todos los centros de cultura en que estuvo y difundió profundas enseñanzas, marcando derroteros de libertad, de amor a la tierra, acicalando el pulso sobre los sanos, significando la personalidad humana, y llenando las almas de fervor y de esperanza. El que fué un escéptico, decía siempre que el infortunio hacía acompañar a sus nacionales.

Incluye el autor al final del volumen las poesías escritas en Colombia con motivo de la muerte de Miralla y las traducciones y composiciones de este, que son muy pocas. Miralla tradujo "El cementerio de la aldea", de Tomás Gray, traducción que Calixto Oyuela consideraba, con Julia Sus poesías originales se titulan: "A la temprana muerte de Mr. William Winston"; "Epístola: ¡Viva la libertad!; ¡Viva Nice; Salinedia", a Nice; "La paloma ausente", "La pretension por desprecia", soneto; y su "Epístola" al general Santander, Mecenas de las letras de Colombia, entre otras de menor importancia.

Este interesante libro del señor Labougle nos da, pues, a conocer ampliamente a un sus más diversos aspectos la personalidad de José Antonio Miralla.

Anatomía y Fisiología Patológicas

por A. Zambosco y E. Laplaza

La obra ha sido realizada con esmero en los mejores ambos sentido. Es una síntesis bien hecha y que prestará grandes servicios a los estudiosos en las verdaderas ciencias: las experimentales.

Elegantemente escrita, lo que es un mérito dada la naturaleza del tema, esto está acompañado, también, de ilustraciones hechas con acierto y nitidamente presentadas. La obra impresiona favorablemente.

Autores Españoles y Americanos

Lecturas y biografías

por René Bastianini

El doctor René Bastianini, Rector del C. N. Bartolomé Mitre, ampliamente conocido por sus cursos de literatura, inicia la publicación de su *Curso de Historia de la Literatura Castellana* (Tomo I. Desde los orígenes al siglo XVI. B. A., 1922), excelente compendio en el cual se resumen con rigurosos métodos y conforme a los más autorizados historiadores y críticos y a las más recientes adquisiciones filológicas, las conclusiones a que en la fecha hemos llegado en esta rama histórica, — acaba de publicar una antología de prosa y verso en tres tomos, destinada a la enseñanza media.

En nuestro país la enseñanza de nuestro idioma y de su literatura, está todavía en la infancia. Los profesores de ciencias naturales, de física y de química, disponen de laboratorios, gabinetes, museos, colecciones, y pueden enseñar objetivamente, acostumbrar a la observación, valorar el experimento; los profesores de gramática y literatura no pueden hacer práctica su enseñanza. Uno en muy escasa medida, por culpa de los programas y por falta de tiempo y material adecuado, ni, la mayoría, forzosamente, lo intenta siquiera. Los profesores de Castellano, dicen generalmente más que gramática, y casi siempre mala gramática. Los de Literatura Precoz, en el título de la asignatura en de pos si elocuentísimo) enseñan... definiciones, reglas, clasificaciones, abreviaciones. Los de Historia Literaria dictan apéndices, los trabajos objetos de la antología.

Ya quedó dicho que ésta comprende cien años. ¿Están todos? Es esta la eterna pregunta que debemos formular a todos los autores de cada trabajo de tal índole, seguida de la otra: ¿Todos los que están, son?

No hemos podido sistemáticamente negada a contestarles, en cualquier momento, por principio y por no creer en la eficacia de la contestación — no sólo la nuestra, pero ni la más autorizada. Es cuestión de centro focal; nada más. Y hay varios para cada hombre, según las épocas y los momentos de su vida.

Limitémonos a indicar el valor positivo del libro del señor Barbagelata, y a realizar el trabajo que significa. En nuestros días de improvisación, no es poco. — E. S. C.

UNA CENTURIA LITERARIA

por Hugo D. Barbagelata

Los países de Hispanoamérica comienzan a ordenar con un criterio metódico el trabajo de sus intelectuales. Ordenar ya es casi razonar; y sin casi.

Esa reflexión que indica el gesto de detenerse en el camino, para contemplar la trayectoria descrita, como en un deseo de medirla, — lo que equivale a valorizar — ya dice: bastante en favor de quien así va en busca del hilo de la vida; y en favor del espíritu de su época, propicio a tales actitudes.

Ayer nos daba Donoso el primer tomo de su antología chilena: *Nuestros poetas*; hoy es Barbagelata quien reune en un volumen, cien años de vida literaria uruguaya; para muy pronto Julio Noé nos anuncia una selección crítica de poetas jóvenes argentinos. Así, de un lado y otro de América, por inspiraciones del momento, sin concierto ni preparación previa y sí como cristalización de ideas ambientes, surgen tres libros de paralela orientación a cuyos autores abona una incuestionable autoridad, lo que significa doble valor para la obra y el sentido social de la misma.

El antólogo debe ser respecto a su obra, dice Barbagelata en el prólogo de este libro, lo que el cicerone en el museo: el guía que lleva al curioso ante los grandes monumentos para que los sea y los juzgue.

Es, efectivamente, más histórico que crítico el trabajo del señor Barbagelata. Abre el volumen un breve estudio de la literatura uruguaya, ya apareciso, y le siguen reunidos en seis grandes grupos: los apéndices, los trabajos objeto de la antología.

Ya quedó dicho que ésta comprende cien años. ¿Están todos? Es esta la eterna pregunta que debemos formular a todos los autores de cada trabajo de tal índole, seguida de la otra: ¿Todos los que están, son?

No hemos podido sistemáticamente negada a contestarles, en cualquier momento, por principio y por no creer en la eficacia de la contestación — no sólo la nuestra, pero ni la más autorizada. Es cuestión de centro focal; nada más. Y hay varios para cada hombre, según las épocas y los momentos de su vida.

Limitémonos a indicar el valor positivo del libro del señor Barbagelata, y a realizar el trabajo que significa. En nuestros días de improvisación, no es poco. — E. S. C.

Socied